

En los actuales días, José María Gabriel y Galán cumpliría —cumple habremos de decir, porque los poetas viven siempre— cien años.

Su obra, parcialmente malograda por el temprano cese de su voz mortal, comenzó a difundirse en periódicos y en juegos florales, pasó después a las antologías y hoy está en los tratados de literatura, ocupando un espacio por derecho propio, un escaño en la inmortalidad histórica, bien ganado y bien determinado. Esto último porque su modalidad poética, aunque en su tiempo fue imitada, no ha sido apenas continuada y tampoco tenía precedentes de importancia en la literatura española.

José María Gabriel y Galán fue un cantor del pueblo y un cantor de la Naturaleza. Por la primera faceta se anticipó en mucho a la llamada **poesía social** de hoy, y su vena, fluyente de la entraña regional, caló siempre en la sensibilidad del lector. Por la modalidad naturalista, Gabriel y Galán no podrá separarse nunca de esta región de los Vetones donde nació, vivió y murió y cuyo paisaje pictórico, siempre de cara al gigante Calvitero —Frades, Piedrahita, Guijo de Granadilla— cantó como nadie.

Nada tiene de particular que en la presente época, cuando el hombre vuelve la espalda al campo, cuando se considera deshonroso que España tenga **todavía** tanta gente al servicio de las fuentes de riqueza naturales, nuestro poeta sufra una desvalorización en los círculos críticos. Su paleta paisajística y etnográfica no está en sintonía con el irracionalismo evasivo que priva en los salones.

La prematura muerte del poeta dejó su obra inacabada, como una sinfonía interrumpida en lo mejor. Gabriel y Galán no tuvo tiempo de acercarse al parnasianismo incipiente, el cual hubiera mejorado su técnica expositiva, convirtiéndole por derecho propio en el Virgilio español.

«Alcántara», por devoción y por pura obligación, se solidariza íntimamente con las conmemoraciones que estos días unen a Salamanca y a Cáceres en el recuerdo de su inmortal cantor. Encabezamos estas páginas de homenaje con uno de los poemas menos conocidos y sin embargo muy meritorio de Gabriel y Galán, en el cual describió con armónicos acordes el concierto natural utilizando un arte trovadoresco que había divulgado años antes otro gran poeta de inspiración gemela a la suya: Federico Mistral.

El cantar de las chicharras⁽¹⁾

Dedicado a José Ibarrola

I

Que se quemem los lugares
los azules olivares,
los dormidos encinares
y las viñas y las mieses y los huertos,
bajo el hálito encendido
que desciende desprendido
como plomo derretido
de este sol abrasador de los desiertos.

Se han dormido las riberas,
y las gentes de las eras
y las moscas volanderas,
y los flacos aguiluchos cazadores.
Se ha dormido en la hondonada
la pacífica yeguada,
la doméstica boyada,
los mastines, el rebaño y los pastores.

En los rígidos pimpollos
de alcornoques y trepollos
se recogen con sus pollos
angustiados pajaruchos montesinos.
Y en los céspedes dormitan,
y jadean y palpitan
se sotierran y crepitan
anillados gusarapos mortecinos.

Fuego radian los jarales
 y los grises pizarrales
 y los blancos pedernales
 y los líquenes de oro de los canchos:
 se platean los rastros,
 se requeman los matojos
 se retuercen los abrojos
 y se azulan los aceros de sus ganchos.

Todo ha muerto en la comarca.
 Hierve el agua de la charca,
 que el ijar del toro enarca
 y acentúa de la alondra las congojas.
 Vibra el aire en la colina
 zumba el tábano en la encina,
 e hipnotizan la retina
 las metálicas quietudes de sus hojas.

Yo los párpados entorno
 bajo el peso del bochorno
 viendo a medias en el horno
 de la tierra la agonía del paisaje;
 y me sueño con las frondas,
 con los ríos de aguas hondas,
 con las márgenes redondas
 de los lagos circuitados de follaje.

La extensión indefinida
 de la tierra empedernida
 pierde el tono de la vida
 que en el seno sólo vive de la idea.
 Es el sueño de un despierto,
 es la calma del desierto
 es un vivo mundo muerto...
 ¡es la ardiente Extremadura que sestea!

Y la aduermen esta nota
 monorrítmica que brota
 de mi pobre lira rota
 que la reza bajo el palio de la parra,
 y el unísono rasgueo
 y el isócrono goteo,
 el perenne martilleo
 del monótono cantar de la chicharra.

II

Vete lejos, linda Andrea,
 que el bochorno me marea,
 me emborracha, me caldea,
 me pervierte los sentidos perezosos...
 Vete lejos, criatura,
 que en tus labios hay frescura
 y en mi sangre calentura,
 y en mi mente sueños árabes borrosos.

Muchachuel : no son esos,
 no son risas, no son besos;
 son más graves embelesos
 los que encantan mis ardientes melodías...;
 Sonsonetes de chicharra,
 sombra fresca de la parra
 agua fría de la jarra
 dulce holganza y uniformes canturías...

Hondamente enervadoras,
 blandamente abrumadoras
 las quietudes de estas horas
 se recuestan en el lecho de mi mente;

y el espíritu abatido
que las vive adormecido
va rumiando su sentido
gravemente, suavemente, lentamente.

¡Qué flojera, qué flojera!
¡Qué pesada soñarrera!
¡Qué enervante borrachera
de pereza los sentidos narcotiza!
¡Qué modorra, qué modorra!
¡Qué penumbra de mazmorra
los contornos casi borra
del premioso pensamiento que agoniza!...

¡Vete y vuelve, muchachuela
que me dejas una estela
de fresca que consuela
cuando pasas, cuando pasas a mi lado!
¡Trae la jarra, trae la jarra!
¡Que se calle la chicharra!
¡Que las hojas de la parra
mueva el hálito del céfiro encalmado!

Pero no, que el fuego es vida;
y bajo esta derretida
lumbre roja desprendida
de ese sol abrasador de los desiertos,
vida incuban los lugares,
sus azules olivares
sus dormidos encinares
y sus viñas, y sus mieses y sus huertos.

Y entre tanto, lira mía,
tú con bárbara armonía
de chicharra, dile al día

los contrastes que me brinda la fortuna;
de mañana, brisa y parra:
en las siestas, la chicharra,
y a la noche, la guitarra,
las muchachas, los ensueños y la luna...

(1) En este poema, Gabriel y Galán, escritor eminentemente plástico y figurativo, quiso hacer percibir a todos los sentidos del lector, vista, oído y hasta olfato y tacto, una peculiaridad de la tierra que habitaba; el verano extremeño, esa estación larga, calurosa y enervante en que parece que el suelo se calcina bajo un sol implacable, de fuego líquido. En los últimos años, por razones que a los meteorólogos se alcanzarán, este duro estío parece haberse dulcificado; pero no era así hace años ni por supuesto, en los tiempos del poeta. Bajo el ambiente abrasador, la tierra se seca y parece va a mineralizarse como lava volcánica. Pero no es así; debajo de esa costra aparentemente calcinada duerme un hálito vital que surgirá vibrante bajo las primeras lluvias de otoño, despertando a una fecundidad briosa y vivificando una flora y una fauna nutridas y variadas.

Este es el argumento del poema «El cantar de las chicharras» que Gabriel y Galán, cuya sensibilidad era exquisita para todas las bellezas naturales, escribió en un metro desusado en España. Se trata de una estrofa de corte provenzal, que consta de ocho versos, divididos en dos grupos de cuatro. Cada uno de estos grupos tiene tres versos monorrimos de ocho sílabas y un cuarto dodecasílabo, dividido en tres partes y que concierta con el otro dodecasílabo de la misma estrofa. En realidad esta tiene ritmo de troqueo, formando los octosílabos cuatro de estos pies y seis el dodecasílabo.

Gabriel y Galán ideó esta estrofa como inteligente versión castellana de la estrofa provenzal del celeberrimo poema *Mireya* (Mireio), de Federico Mistral, en la cual los versos cortos monorrimos tienen nueve sílabas con ritmo de yambo y los largos son alejandrinos.

Mistral es un poeta también naturalista y etnográfico como Gabriel y Galán. Su *Mireya*, muchacha enmarcada en el ambiente también cálido y feraz de Provenza tiene un paralelo en *El ama* y en la *Ana Maria*, galanianas. Contemporáneos y paralelos son los poetas del renacimiento catalán: Maragall (prologuista y admirador de Gabriel y Galán), Verdaguer y Costa y Llobera. Nuestro poeta, enamorado del terruño y de sus productos, sean naturales o humanos, está en la misma línea que todos estos bardos regionales y en cierto modo trovadorescos. Como todo el mundo sabe, empleó en muchas de sus poesías el dialecto vernáculo norte extremeño que supo él, castellano y por tanto de exquisito y clásico decir, apreciar y captar como ninguno, si exceptuamos al badajocense Luis Chamizo.

«El cantar de las chicharras» ha sido tildado por críticos poco avisados de reiterativo y ripioso, sin parar mientes en que los aparentes rípios no son sino vigorosos toques onomatopéyicos del viril paisaje que quiere describir: *Dormitan, palpitan, crepitan*, o bien *rastrojos, matojos, abrojos*. Gabriel y Galán se muestra aquí como un Sorolla o mejor aun, como un Ortega Muñoz cuando pinta el campo extremeño, con enérgicos trazos.

El poema está dedicado a José Ibarrola, ilustre abogado cacereño y gran amigo del poeta.